

Diario de Lecumberri

May 25, 2024

Diario de Lecumberri » I

Página 4 de 27

I

Cuando las cosas van mal en la cárcel, cuando alguien o algo llega a romper la cerrada fila de los días y los baraja y revuelca en un desorden que viene de afuera, cuando esto sucede, hay ciertos síntomas infalibles, ciertas señales preliminares que anuncian la inminencia de los días malos. En la mañana, a la primera lista, un espeso sabor de trapo nos seca la boca y nos impide dar los buenos días a los compañeros de celda. Cada cual va a colocarse como puede, en espera del sargento que viene a firmar el parte. Después llega el rancho. Los rancheros no gritan su «¡Esos que agarran pan!», que los anuncia siempre, o su «esos que quieren atole», con el que rompen el poco encanto que aún ha dejado el sueño en quienes se tambalean sin acabar de convencerse que están presos, que están en la cárcel. La comida llega en silencio y cada cual se acerca con su plato y su pocilio para recibir la ración que le corresponde y ni protesta, ni pide más, ni dice nada. Solamente se quedan mirando al vigilante, al «mono», como a un ser venido de otro mundo. Los que van a los baños de vapor perciben más de cerca y con mayor evidencia al nuevo huésped impalpable, agobiador, imposible. Se jabonan en silencio y mientras se secan con la toalla, se quedan largo rato mirando hacia el vacío, no como cuando se acuerdan «de afuera», sino como si miraran una nada gris y mezquina que se los está tragando lentamente. Y así pasa el día en medio de signos, de sórdidos hitos que anuncian una sola presencia: el miedo. El miedo de la cárcel, el miedo con polvoriento sabor a tezontle, a ladrillo centenario, a pólvora vieja, a bayoneta recién aceitada, a rata enferma, a reja que gime su óxido de años, a grasa de los cuerpos que se debaten sobre el helado cemento de las literas y exudan la desventura y el insomnio.

Así fue entonces. Yo fui de los primeros en enterarme de lo que pasaba, después de dos días, dos días durante los cuales el miedo se había paseado como una bestia ciega en la gran jaula del penal. Había muerto uno en la enfermería y no se sabía de qué. Envenenado, al parecer, pero se ignoraba cómo y con qué. Cuando llegué a mi crujía, ya mis compañeros sabían algo más, porque en la cárcel corren las historias con la histórica rapidez con que transmiten los nervios sus mensajes cuando están excitados por la fatiga. Que era un «tecatero»[1] y que se había inyectado la droga unas horas antes de morir. Que iban a examinar las vísceras y que al otro día se sabría. Al anochecer todo el penal estaba enterado y fue entonces cuando entramos en la segunda parte de la plaga, como entonces la llamé para decirle por algún nombre.

Una gran espera se hizo entre nosotros y nadie volvió a hablar ni a pensar en otra cosa. En la madrugada del día siguiente fueron a mi celda para despertarme: «Hay uno que está muy malo, mi mayor, echa espuma por la boca y dice que no puede respirar». Algo me resonó allá adentro diciéndome que ya estaba previsto, que yo ya lo sabía, que no tenía remedio. Me vestí rápidamente y fui a la celda del enfermo, cuyos quejidos se

escuchaban desde lejos. Era Salvador Tinoco, «el Señas», un muchacho callado y taciturno que trabajaba en los talleres de sastrería y a quien venía a visitar una ancianita muy limpia y sonriente a la que llamaba su madrina. Le habían puesto «el Señas» por algo relacionado con el equipo de béisbol al cual pertenecía orgulloso y al que dedicaba todas sus horas libres con inalterable entusiasmo. Nunca hubiera imaginado que «el Señas» se inyectaba. No había yo aún aprendido a distinguir entre la melancolía habitual de los presos y la profunda desesperanza de los que usan la droga y de la que ésta solo parcialmente logra rescatarlos. «El Señas» se quedó mirándome fijamente; y ya no podía pronunciar ninguna palabra inteligible. Un tierno mugido acompañaba esta mirada en la que me decía toda la ciega fe depositada en mí, la certeza de que yo lo salvaría de una muerte que ya tomaba posesión del flaco cuerpo del muchacho. Lo llevamos a la enfermería e inmediatamente el médico de turno lo pasó a la sala. Una estéril lucha en la que se agotaron todos los recursos a la mano; desembocó en el debatirse incansable de «el Señas» contra la dolorosa invasión de la parálisis que iba dejándole ciertas partes del cuerpo detenidas en un gesto vago y grotesco, ajeno ya por completo a lo que en vida fuera el tranquilo y serio Salvador, quien me dijera un día, como único comentario a la visita de su madrina: «Viene desde Pachuca, mi mayor. Allá tenemos una derrita. Ella ve de todo, mientras salgo». Y ahora, pensaba yo: «¿Quién podrá avisarle a la madrina que “el Señas” se muere?».

Poco a poco se fue quedando quieto y de pronto una sombra escarlata le pasó por el rostro, se aflojaron un tanto sus manos que se habían engarrotado en la garganta y el médico retiró las agujas por donde entraban el suero y los antidotos y nos miró con la cara lavada por el cansancio: «De todas maneras no tenía remedio. Mientras no sepamos qué es lo que les están vendiendo como droga, no hay nada qué hacer».

Así que eso era. Estaban vendiendo la «tecata balín»[2]. Alguien había descubierto la manera más fácil de ganarse algunos pesos vendiendo como heroína, vaya el infierno a saber qué sustancia, que en su aspecto semejava a los blancos polvos que en el penal se conocen con el nombre de «tecata». Regresé a la crujía. Esto era, entonces, lo que había anunciado el miedo. ¿Cuántos vendrían ahora? ¿Quiénes? No íbamos a tardar en saberlo.

Al día siguiente, en la mañana, vimos entrar una mujerona fornida, con el pelo pintado de rubio y un aire de valquiria vencida por la miseria y el hastío de la vida de vecindad. Traía una mirada vaga, perdida, una sonrisa helada se le había pegado al rostro feamente. Era la mujer de Ramón el peluquero. No entendimos muy bien en el primer momento. Pero cuando recordé la faraónica cara de Ramón, sus ojos grandes y acuosos y algunas de sus fabulosas digresiones en las que se perdía mientras nos cortaba el pelo, una certeza agobiadora me llegó de pronto.

Ramón era el siguiente. Con una bolera para el dentista me fui a la enfermería con la esperanza de haberme equivocado. Ramón era un buen amigo y un admirable peluquero. Estaba en lo cierto. Lo encontré tendido en la cama, las manos agarradas de los bordes del lecho, gimiendo sordamente mientras sus palabras iban perdiendo claridad entre los estertores de la intoxicación: «No me dejes morir, güera. Güerita, a ver si el doctor puede hacer algo. Pídeselo, por favor». El médico observaba fijamente al moribundo: «¿Quién te dio la droga, Ramón? Otros vendrán después de ti si tú no nos lo dices. ¿Quién te la dio?». «Da igual, doctor. Sálveme a mí; a los otros que se los

lleve la tiznada. Sálveme y se lo digo todo. Si me dejan morir, me callo. ¡Sálvenme, cabrones, que para eso les pagan!», e hizo un vano intento de saltar sobre el médico que acechaba sus palabras y lo miraba impasible, con la amarga certeza de que de ese desesperado animal de agonía dependía la vida de muchos otros que tal vez en ese mismo momento estaban comprando la falsa droga.

«Dinos quién fue y te salvamos», dijo un ayudante con la imprudencia de quien no conoce las leyes inflexibles del recluso. Ramón no podía ya hablar; no tenía casi aire para formar palabra alguna. Se quedó viendo fijamente al que había hablado, con una mirada irónica acompañada de una mueca de desprecio, como diciéndole: «¡Tú qué sabes, imbécil! Ya nada puede salvarme, lo sé. ¿No ves que ni hablar puedo ya?». De repente la esposa, que conservaba hasta entonces esa congelada actitud de quien no puede recibir más golpes de la vida, comenzó a gritar enloquecida y agarrando al médico de la blusa, le dijo: «¡Yo sé quién la vende! ¡Yo sé, doctor. A usted se lo digo. A usted solamente. No me gusta chivatiar delante de estos pendejos!». El doctor la sacó al jardín lleno de flores. No se demoró mucho con ella y regresó llevándola del brazo hasta el pie de la cama. «“El Señas”, como venía diciéndole, murió ayer, señora. No puede ser». «Pues ése era, doctor; ni modo que fuera otro». La impotencia se retrataba en el rostro agotado e incoloro del médico. Entró un oficial. Llevaba un impecable uniforme de gabardina beige y traía un aire ajeno a todo lo que allí pasaba, que nos despertó un sordo rencor en contra suya. Gratuito tal vez, pero muy hondo. «¿Qué hubo?», preguntó mirando el violáceo rostro de Ramón, «¿le sacaron algo?». «Ya no puede decir nada, ni dijo nada tampoco», contestó el médico alzándose de hombros y revisando las llaves del oxígeno como si quisiera evitar al intruso. Ramón el peluquero empezó a temblar, temblaba como si le estuvieran pegando en sueños. Su mujer le miraba fijamente, con rabia, con odio, como se mira lo que ya no sirve, lo que no sirvió nunca. Cuando dejó de temblar, estaba muerto. La mujer no dijo nada. Se puso en pie y salió sin hablar con nadie.

Después vino «el Ford». Se desmayó mientras pintaba uno de los muros de las cocinas. Lo llevaron a la enfermería y los médicos se dieron cuenta que estaba intoxicado. Se había fracturado la columna vertebral, no hablaba y sus grandes ojos inyectados en sangre nos miraban con asombro. Todos morían igual. La falsa droga les afectaba los centros motores de la respiración. Poco a poco se iban asfixiando en medio de terribles dolores. El aire les faltaba cada momento más y se metían la mano en la garganta y trataban de arrancar allí algo que les impedía la entrada del aire. Los amarraban a la cama y lentamente iban entrando a la muerte, siempre asombrados, siempre incrédulos de que alguien que ellos nunca delataron, les hubiera engañado con la «tecata balín», en la que no acababan de creer hasta cuando sentían los primeros síntomas de su acción en su propio cuerpo.

Al «Ford» le siguió «el Jarocho»; al «Jarocho», «el Tiñas»; al «Tiñas», «el Tintán»; al «Tintán», Pedro el de la tienda; a Pedro el de la tienda, «el Chivatón» de Luis Almanza, y así, poco a poco, fuimos entrando en la sorda mina de la plaga, penetrando en el túnel de los muertos, que se iban acumulando hasta lograr hacernos vivir como natural e irremediable este nuevo capítulo de nuestra vida de presos. Ninguno quiso decir cómo había conseguido la droga, quién se la había facilitado. Ninguno se resignó a aceptar que había sido el elegido para el macabro negocio. Cuando se desengañaba y la

asfixia comenzaba a robarle el aire y el terror se le paseaba por el atónito rostro, entonces un deseo de venganza lo hacía callar. «¡Que nos muramos todos! —dijo uno—. Al fin pa' qué servimos, mi coronel. Si yo le digo quién me la vendió, de nada va a servirle. Otro la venderá mañana. Ya ni le busque, mi jefe». Otros trataban de negociar con las autoridades y los médicos que cercaban la cama en busca de una pista que les indicara el origen de la plaga: «Yo sí le digo, doctor —decían—, pero si me mandan al Juárez y me hacen la transfusión. Yo sé que con eso me salvan. “El Tiliches” me lo dijo, yo lo sé. Allá les cuento quién me vendió la “tecata balín” y en dónde la guardan». Lo de la transfusión y el Juárez era parte de la leyenda que se iba formando alrededor de las muertes incontrolables e irremediables. No había salvación posible y los médicos nada podían hacer contra la substancia que, mezclada con el torrente sanguíneo, arrastraba implacablemente hacia la tumba al desdichado que había buscado en ella un bien diferente camino para evadir la imposible realidad de su vida.

Fue por el décimo muerto cuando Pancho lanzó en el cine su grito inolvidable. Tenía la costumbre de llegar cuando estaban ya las luces apagadas. Iba a sentarse al pie del telón y gritaba a voz en cuello: «¡Ya llegué!». Le contestaba una andanada de improperios y él, inmutable, se dedicaba a comentar, a manera de coro griego, los incidentes de la película, relacionándolos con la vida diaria del penal. Cuando la tensión del drama en la pantalla nos tenía a todos absortos y tensos, en espera del desenlace, él gritaba maliciosamente: «¡Cómo los tengo!», y rompía el hechizo, recibiendo el consabido comentario de los espectadores.

Cuando la «tecata balín» comenzó a circular y a matar, cuando cada rostro era escrutado largamente por los demás para buscar en él las huellas de la muerte, Pancho no volvió a lanzar su grito. Entraba, como antes, ya apagada la luz, se sentaba al pie del telón, como siempre, y se quedaba callado hasta el final de la función. Fue el miércoles que siguió a la fiesta nacional, cuando murieron tres compañeros en un mismo día y llegó a su clímax el terror que nos visitaba. El cine estaba lleno hasta el último asiento. Todos queríamos olvidar el poderío sin fin de la muerte, ese viaje interminable por sus dominios. Pancho entró en la obscuridad y, de pronto, se detuvo en medio del pasillo central, se volvió hacia nosotros y gritó: «¡Que vivan los chacales[3] y que chinguen a su madre los muertos!». Un silencio helado le siguió hasta cuando le vimos sentarse en su puesto habitual y meter la cabeza entre los brazos para sollozar sordamente. Dos de los muertos eran sus mejores amigos. Había llegado con ellos y con ellos solía vender refrescos los días de juego en el campo deportivo.

A partir de ese día comenzó a saberse que había ya alguna pista firme. Algo en el ambiente nos dijo que estaba cercano el final del reinado de la «tecata balín».

Al poco tiempo vi entrar una tarde, ya casi anochecido, a dos presos que traían a mi crujía unos vigilantes que los cercaban cuidadosamente y los empujaban con sus macanas. Pálidos, tartajosos, desconcertados, entraron cada uno a una celda de la planta baja. No tardaron en llegar los oficiales y dos médicos. En los baños se improvisó una oficina y allí fue interrogado cada uno por separado, durante casi toda la noche. Sin violencia, paciente y terco, el coronel fue sacándoles la verdad, haciéndoles caer en contradicciones que servían para ir aclarando toda la historia. El «Salto-Salto» y su compañero, «la Güera», habían sido los de la idea. Raspaban con una hoja de afeitar cuanta pintura blanca hallaban a la mano; el fino polvo así conseguido lo envolvían en

las diminutas papeletas en las que circula la droga y lo mezclaban con las que tenían la verdadera heroína. En esta forma la ruleta de la muerte había jugado por cinco negras semanas su fúnebre juego, derribando ciegamente, dejando hacer al azar, que tan poco cuenta para los presos, tan extraño a ese mundo concreto e inmodificable de la cárcel. Hasta entonces, el azar había sido otro de los tantos elementos de que está hecha la libertad, la imposible, la huidiza libertad que nunca llega.

No sé muy bien por qué he narrado todo esto. Por qué lo escribo. Dudo que tenga algún valor más tarde, cuando salga. Allá afuera, el mundo no entenderá nunca estas cosas. Tal vez alguien debe dejar algún testimonio de esta asoladora visita de la muerte a un lugar ya de suyo muy semejante a su viejo imperio sin tiempo ni medida. No estoy muy seguro. Tal vez sea útil narrarlo, pero no sabría decir en qué sentido, ni para quién.

Hoy han venido Elena y Alberto y les he contado todo esto. Por el modo cómo me miran me doy cuenta de que es imposible que sepan nunca hasta dónde y en qué forma nos tuvo acogotados el miedo, cómo nos cercó durante todos estos días la miseria de nuestras vidas sin objeto. No podrán saber jamás a merced de qué potencia devastadora se jugó nuestro destino. Y si ellos, que están tan hermosamente preparados para entenderlo, no pueden lograrlo, entonces ¿qué sentido tiene que lo sepan los demás?

He pensado largamente, sin embargo, y me resuelvo a contarle mientras un verso del poema de Mallarmé se me llena de pronto de sentido, de un obvio y macabro sentido. Dice:

«Un golpe de dados jamás abolirá el azar».

[Ir a la siguiente página](#)

Diario de Lecumberri

May 25, 2024

Diario de Lecumberri » II

Página 5 de 27

II

De todos los tipos humanos nacidos de la literatura —de la verdadera y perdurable, es obvio— no es fácil encontrar en el mundo ejemplos que se les asemejen. De eso que llamamos un «carácter esquiliano», «un héroe de Shakespeare», o «un tipo de Dickens», solamente un raro azar puede ofrecernos en la vida una versión medianamente convincente. Pero lo que ciertamente consideraba yo hasta ahora como algo de imposible ocurrencia, era el encuentro con ese tan traído «personaje de Balzac», que siempre estamos esperando hallar a la vuelta de la esquina o detrás de la puerta y que jamás aparece ante nosotros. Porque la densa y cerrada materia con la que creó Balzac sus criaturas de «La Comedia Humana», fue puesta sobre modelos en capas sucesivas y firmemente soldadas entre sí. Son personajes creados por acumulación y que se presentan al lector con dominador propósito ejemplarizante, que excluye ese halo de matices que en los demás novelistas permite la fusión, así sea parcial y en escasas ocasiones, de sus criaturas, en los patrones ofrecidos por nuestros semejantes en la diaria rutina de sus vidas.

Cuál no sería mi asombro, cuánta mi felicidad de coleccionista, cuando tuve ante mí y por varios meses para observarlo a mi placer, a un evidente, a un indiscutible «personaje de Balzac». Un avaro.

Llegó a la celda a eso de las siete de la noche, y fue recorriendo nuestras celdas con prosopopeya bonachona, dirigiéndose a cada uno dando la impresión de que con ello le concedía una exclusiva y especial gracia y esto merced a ciertas secretas y valiosas virtudes del oyente que solo a él le era dado percibir.

De alta y desgarbada figura, rubio, con un rostro amplio y huesudo que surcaban numerosas arrugas de una limpieza y nitidez desagradables, como si usara una piel ajena que le quedara un poco holgada: al hablar subrayaba sus siempre vagas e incompletas frases con gestos episcopales y enfáticos y elevaba los ojos al cielo como poniéndolo por testigo de ciertas nunca precisadas infamias de que era víctima. Tenía costumbre de balancearse en sus grandes pies, como suelen hacerlo los prefectos de los colegios regentados por religiosos, imprimiendo una vacilante y temible autoridad a toda observación que salía de su pastosa garganta de bedel. Su figura tenía algo de vaquero del oeste que repartiera sus ocios entre la predicación y la homeopatía.

Se llamaba Abel, nombre que le venía admirablemente y que me aclaró el porqué de esa universal simpatía que despierta Caín, acompañada siempre de una vaga impresión de que el castigo que se le impusiera fue harto desmesurado, y hasta con ciertos ribetes de sádico.

Poco a poco, gracias a los periódicos y a las informaciones que nos trajera la indiscreta diligencia de los encargados del archivo de expedientes, fuimos conociendo en detalle la historia del balzaciano sujeto.

Amparado en un falso grado de coronel, conseguido Dios sabe a qué precio, de cuántas melosas palabras y ampulosos y retóricos ademanes, se lanzó a labrar una fortuna que, en los estrados, se calculaba en cincuenta millones de pesos, mediante el secular y siempre infalible sistema del agiotismo y la usura. Prestaba dinero a un interés elevadísimo y exigía como garantía —siempre mediante escritura de confianza a su nombre, anulable al pago de una deuda y sus intereses— terrenos y edificios situados, por rara coincidencia, en zonas a punto de recibir el beneficio de valiosos adelantos urbanísticos. Por ese implacable cálculo, que en tales gentes se convierte en un sentido más como la vista o el olfato, los dueños se veían precisados a desprenderse de sus propiedades cuando el hasta entonces generoso amigo, se encontraba obligado a «recoger algunos pesos para hacer frente a una pasajera crisis de sus negocios». Era entonces cuando la asfixiante tenaza de pagarés y juicios de lanzamiento se cerraba sobre el cándido deudor y lo dejaba en la calle, desde donde, sin salir aún de su asombro, veía la erguida silueta del «Coronel» recorriendo la nueva propiedad y deteniéndose a admirarla, mientras imprimía a su cuerpo ese balanceo aterrador y justiciero.

A medida que nos fuimos enterando de estos detalles y que él se daba cuenta de nuestra creciente información sobre su pasado, más enfático se tornaba nuestro hombre en lo relativo a su inocencia y a «las infamias inventadas por mis enemigos, a quienes en su tiempo ayudé con toda buena voluntad». En su uniforme solía llevar una insignia del Club Rotario, que siempre supusimos ladinamente hurtada y agregada a su atuendo, para subrayar más aún su pregonado «espíritu humanitario de servicio».

Su actitud hacia nosotros y en general hacia todos los presos, fue la de quien, encerrado por una torpe conspiración, tiene que descender amablemente a compartir la vida penitenciaria, dejando ver que es por entero ajeno a ella, mientras se aclara el malentendido. La distancia la marcaba con un gesto de su gran mano simiesca, semejante al de los altos prelados que inician la bendición de una menesterosa turba de fieles, con algo que tiene mucho de apostólico y no poco de amable rechazo, mientras se coloca en el rostro una sonrisa seráfica de condescendencia, destinada a indicar que la pasajera mansedumbre obedece más a necesidades convencionales y exteriores que a un sentimiento personal.

Ocupaba una de las celdas del primer piso que mantenía siempre cerrada con candado y adonde nadie fue invitado jamás a entrar. Y mientras los demás habitantes de nuestra crujía —conocida en Lecumberri como la de «los influyentes» o «cacarizos»— preparábamos nuestra comida o la recibíamos de fuera, don Abel se acercaba dignamente, con la escudilla en una mano y el pocilio reglamentario en la otra, para recibir el rancho del penal que llegaba hasta nuestra reja a las horas de comida, sólo hasta entonces para cumplir una rutina. Una vez servido, tornaba el rubio «Coronel» a encerrarse en su celda y allí engullía la ración penitenciaria sin que nadie fuese testigo de tan valerosa hazaña.

Cierta mañana, al salir de su celda para contestar a la lista, corrieron tras él tres

grandes ratas de color pardo cuyo lanoso vientre casi tocaba el suelo. Se quedaron mirándonos entre asombradas y furiosas y volvieron a entrar al cuarto. Por la cara de don Abel se fue componiendo una sonrisa beatífica que quería ser la misma que iluminara el rostro del «Poverello» cuando le hablaba a sus hermanas las aves, pero que, tratándose de nuestro personaje y de tan irritables roedores, solo logró ser una turbadora mueca llena de complicidad con las potencias inferiores que vino a morir en un sal tito juguetón, feamente pueril e innecesario.

Una tarde, al regresar de una diligencia del juzgado que seguía su causa, su amplia y huesuda carota de Judas trajo un color amarillo y enfermizo y sus gestos, de ordinario tan amplios y elocuentes, tenían un no sé qué desacompasado y rígido que despertó en nosotros una sorda animosidad, una oscura rabia en su contra.

Al día siguiente nos enteramos de que don Abel estaba enfermo y no podía pasar lista. Cuando llegó el sargento para contarnos, golpeó en su puerta y una hueca y rotunda tos le respondió, resonando en el interior de la celda como una mentirosa e histérica disculpa. Ese mismo día, los periódicos trajeron la noticia de que el juez había fijado una fianza de tres mil pesos para que pudiera salir libre. A cualquiera de nosotros una tan benévola resolución judicial hubiera bastado para llenarnos de alegría. Al «Coronel» lo había sumido en la más angustiosa disyuntiva. La Navidad y el Año Nuevo se acercaban por entonces y sus nietos —que repetían muchos de los rasgos del abuelo con esta torpe y engañosa frescura de la juventud— venían jueves y domingos a visitarle y lo acosaban a preguntas sobre cuándo saldría, si estaría en casa para la repartición de los regalos al pie del árbol y si alcanzaría a las últimas «posadas». La boca del viejo se retorció como un reptil que trata de escapar de las crueles manos de los colegas que lo atormentan.

Comenzamos a hacer apuestas sobre si don Abel pasaba la Navidad con nosotros o se resolvería a desprenderse de los tres mil pesos de su fianza. Cuando llegó la víspera de las fiestas navideñas, las apuestas subieron hasta cien pesos y don Abel seguía contestando con una tos cada día más cavernosa y menos convincente, a la llamada del sargento. Perdieron quienes apostaron que don Abel pasaría la Navidad con su familia. Y así fue en el Año Nuevo y también en Reyes.

Por fin, un oficial encontró la fórmula para sacar a don Abel de la cárcel. Una mañana, a la hora de la lista, vimos llegar a dos camilleros de la enfermería con un ayudante del servicio médico. Golpearon en la puerta del empecinado enfermo y cuando éste contestó con su tos de payaso, el sargento replicó con un seco «¡Salga!» que debió dejarlo helado en la obscuridad de su celda. Poco después apareció en el umbral y todos debimos mostrar la misma expresión de asombro, ante la horrible transformación que había sufrido su figura. La piel se le pegaba a la cara como un gris papel de feria desteñido por la lluvia, los ojos hinchados por la humedad solo dejaban ver una materia rojiza y viscosa que se movía continuamente y de sus gestos luteranos y entusiastas quedaba apenas un temblor de animal acosado. Había olvidado ponerse la dentadura y la boca se le hundía en la mitad del rostro como el resumidero de un patio de vecindad.

Allí se quedó parado ante la camilla, sin saber qué decir. «¡Acuéstese ahí, y llévenselo!», ordenó el sargento con esa brusquedad castrense que no deja rendija alguna por donde pueda colarse un argumento o una disculpa. El «Coronel» se tendió lentamente en la

camilla que los enfermeros pusieron en el suelo, y al intentar sonreír hacia nosotros, como tratando de restarle importancia a la escena, dejó escapar un blanco hilo de saliva de sus incontrolables labios.

Ese mismo día llamó a su abogado y le ordenó pagar la fianza. Nos cuenta el enfermero encargado de la sala adonde lo llevaron, que cuando firmó su boleta de libertad, era tal su rabia que rompió dos veces la pluma que le alcanzara el escribiente. Dicen que salió energúmeno, acusando al juez de abusivo y ladrón y a las autoridades de la cárcel de inhumanas y crueles para con un antiguo servidor de los ejércitos revolucionarios.

Cuando entramos a su celda, movidos por la curiosidad que tanto encierro nos causara, pensé al momento en la del abate Faria de las viejas versiones del cine mudo de «El Conde de Montecristo». En una gran cantidad de bolsitas de papel, de esas que se usan en las tiendas para vender azúcar y arroz por kilos, había guardado pedazos de pan que tenían ya una rigidez faraónica, trozos de carne que apestaban horrendamente y otros alimentos cuya identidad había cambiado ya varias veces por la acción del moho y el paso del tiempo. Las ratas corrían por entre las bolsas de papel, con el desasosiego de los perros que pierden a su dueño en una aglomeración callejera.

Los fajineros lavaron la celda y por mucho que lo intentaron, no les fue posible hacer desaparecer el apestoso aroma que se había pegado a las paredes y fundido con la humedad que por ellas escurría. Hubo que resignarse a dejar sin ocupar el cuarto y guardar allí las escobas, trapos y baldes con los que se hace el aseo de la crujía.

[Ir a la siguiente página](#)

Diario de Lecumberri

May 25, 2024

Diario de Lecumberri » III

Página 6 de 27

III

Esta mañana vinieron a contarme que «Palitos» había muerto. Lo apuñalearon en su crujía a la madrugada. Como sabían que venía a verme y a conversar conmigo, y a sus compañeros les contaba que yo era su «generalazo» y que era «muy jalador» —en esto aludía a la facilidad con que lograba convencerme de sus complicados negocios de leche, café y cigarrillos—, algunos de ellos vinieron a traerme la noticia.

Fui a verlo por la tarde al estrecho cuartucho que en la enfermería usan como anfiteatro. Sobre una losa de granito estaba «Palitos». Su cuerpo desnudo se estiraba sobre la lisa superficie en un gesto de vaga incomodidad, de insostenible rigidez, como hurtando el frío contacto de la piedra. Debajo, a sus pies, estaba el atado con sus ropas de preso, el uniforme azul, celeste ya por el uso, su cuartelera, sus botas de fajinero, y sobre la ajada página de una revista deportiva, sus objetos personales: una jeringa hipodérmica remendada con cáñamo y cera, una pequeña navaja, un retrato de Aceves Mejía con una dedicatoria impresa, un lápiz despuntado y una arrugada cajetilla de cigarrillos, casi vacía.

Me quedé mirándolo largo rato mientras un rojizo rayo de sol, tamizado por entre el polvo de Texcoco que flota en la tarde, se paseaba por la tensa piel de su delgado cuerpo al que las drogas, el hambre y el miedo habían dado una especial transparencia, una cierta limpieza, un trazo neto y sencillo que me hizo recordar el cuerpo de esos santos que se conservan debajo de los altares de algunas iglesias, en cajas de cristal con polvosas molduras doradas.

Allí estaba «Palitos», más joven aún de lo que pareciera en vida, casi un niño. Libre ya de la desordenada angustia de sus días y del uniforme que le quedaba grande y le hacía ver más desdichado, mostraba en la desnudez de su cadáver cierto secreto testimonio de su ser que en vida no le fuera dado transmitir y cuya expresión buscara acaso por los caminos de la heroína en los cuales se perdiera irremediabilmente. La boca le había quedado semiabierta, en un gesto parecido al de los asmáticos que buscan afanosamente el aire; pero al mirarle de cerca se advertía un repliegue del labio superior que descubría una parte de sus dientes. Una mezcla de sonrisa y sollozo semejante al espasmo del placer. En el costado izquierdo mostraba una herida de gruesos labios por la que todavía manaba un hilillo de sangre negra con la consistencia del asfalto.

A los pocos días de mi llegada había aparecido de repente en mi celda con la mirada desencajada y un leve temblor en todo el cuerpo, como el que precede a la fiebre.

Me explicó que estaba dispuesto a lavar mi ropa, a limpiarme el calzado, a ir a la tienda

por café, y así siguió ofreciéndome una lista de servicios con la presurosa angustia de quien transmite un santo y seña o comunica un mensaje urgente. No se esperó a que yo le pidiera nada y, al verme dudar, desapareció como había entrado, dejando el eco de sus atropelladas palabras.

«A ése téngale cuidado, compañero. Se llama “Palitos” y siempre está tramando alguna chingadera», me dijo alguno. No me ocupé en pedir más detalles y ya lo había olvidado por completo cuando volvió a aparecer de repente en medio de mi siesta:

«Mi jefecito, le hacen falta unas cortinas para la ventana. Tengo un cuate que me vende unas retebaratas... a ver si las compra ¿no?».

«¿En cuánto?», le pregunté.

«Siete pesos, mi estimado. ¿Se las traigo?».

Le di un billete de diez pesos y salió corriendo. No volvió en varios días. Le comenté el asunto a un compañero ducho en la vida diaria del penal. «Pero a quién se le ocurre ir a darle diez pesos y tragarse esa historia ele las cortinas. ¿No sabe que “Palitos” necesita reunir cada día cerca de 16 pesos para comprar su droga y para ello se vale de cuanta argucia pueda imaginar su mente de hábil ratero?». Recordé entonces la mirada acuosa y vaga de sus grandes ojos asombrados por la urgencia ele la droga, el temblor que le recorría el cuerpo, la atropellada rapidez con que hablaba, como quien libra una carrera contra el tiempo, que se va cerrando implacable sobre el débil ser que pide a gritos esa segunda vida, sin la cual no puede existir.

Algunas semanas más tarde volvió «Palitos» a visitarme. Había encontrado una mina inexplorada de ingenuidad y ni siquiera se molestó en explicarme lo sucedido con los diez pesos. Debía tener ya una dosis de heroína que le permitía actuar con relativa tranquilidad y le daba al mismo tiempo cierta disposición comunicativa de quien quiere conversar mientras le llega el sueño. Fue entonces cuando me contó su vida y nos hicimos amigos.

No recordaba a su madre ni tenía la más remota idea de cómo había sido ni quién era. Su primer recuerdo eran las noches que pasaba debajo de una mesa de billar en un café de chinos. Allí dormía envuelto en periódicos recogidos en las calles y a la salida de los cines. Según él, tenía entonces seis años. A los ocho cuidaba un puesto de periódicos y revistas en Reforma, mientras el dueño iba a almorzar y a comer. Fue entonces cuando fumó por primera vez marihuana: «Me quitaba el hambre y me hacía sentir muy contento y muy valedor». A los once fumaba ya seis cigarrillos diarios. Por ese tiempo entró a formar parte de una banda de carteristas que operaba en Madero y 5 de Mayo. Para «trabajar» necesitaba estar «grifo» y, a buena cuenta de los cigarrillos que se fumaba, servía a sus jefes con una habilidad y una rapidez que bien pronto le dieron fama. Un día cayó en una redada. Lo llevaron a la delegación de policía y allí lo examinó el médico. «Intoxicación aguda por narcóticos» fue el dictamen, y lo llevaron a un reformatorio de menores. De allí se escapó a los pocos meses y, escondido en un vagón de carga del ferrocarril, fue a dar a Tijuana.

Tijuana es la frontera. El paraíso de los narcotraficantes y los tahúres, el vasto burdel que opera día y noche al ruido ensordecedor de las sinfonolas y bajo las luces de mil avisos de neón. Tijuana es el absceso de fijación que hace posible el trabajo ordenado

del resto de la rica región californiana y que permite que millones de americanos vayan a desahogar allí la tensión luterana de su conciencia y a probar los nefandos pecados cuyas maravillas les hacen adivinar los furiosos sermones de sus pastores. «Palitos», por un ordenado azar de la vida, había caído en el justo medio donde podía consumirse con mayor y más eficaz rapidez.

Allí conoció a una mujer —«mi jefa»— que lo usaba como cebo para los turistas interesados en «something special» al tiempo que como amante ocasional, cuando los dos caían semanas enteras en la ardua excitación de la heroína, de la que se sale como de una profunda zambullida. Ella fue la que le hizo probar el opio. Y aquí era de ver la mirada espantada de «Palitos» al recordar las pesadillas que le produjeran las primeras pipas. Tal como él lo narraba, parece que el poder de excitación del opio superaba su breve bagaje de imaginaciones y recuerdos sensoriales y, en lugar de proporcionarle placer alguno, le llenaba el sueño de pavorosos monstruos que lo agobiaban en el terror primario de lo desconocido, y le arrastraban los sentidos hacia comarcas tan lejanas de toda posibilidad de comparación con su mezquina experiencia, que, en lugar de ensancharle el territorio del ensueño se lo distorsionaban atrozmente. No resistió mucho tiempo y tuvo que dejar el opio y con él a su «jefa», de la cual se llevó algunas cosas que fueron a parar a la tienda de empeño.

Al regresar a México volvió a entablar amistad con los carteristas, pero ya traía el prestigio de su viaje y el que le diera entre sus antiguos conocidos el haber vivido en Tijuana. Ya no trabajaba a cambio de droga. Cobraba en efectivo y compraba todas las dosis que le hacían falta. Sin ella no podía trabajar. Con ella adquiría una coordinación de movimientos y una velocidad de imaginación que lo hacían prácticamente invulnerable.

Hasta cuando un día planeó el golpe increíble, la jugada maestra. Compró unos pantalones de paño azul oscuro, una impecable camisa blanca y unos muy respetables zapatos negros. Se fue a unos baños turcos y de allí salió convertido en un pulcro muchacho de provincia, en uno de esos hijos consagrados que trabajan desde muy jóvenes para ayudar a sus padres y pagar el colegio de sus hermanas. La ascética expresión de su rostro le servía a la maravilla para completar el papel. Consiguió un maletín de esos que usan los agentes viajeros para guardar y exhibir las muestras de su mercancía, y con él en la mano entró a la más lujosa joyería de Madero. Esperó unos momentos a que el público se familiarizara con su presencia y, de pronto, con serenidad absoluta y seguros ademanes, comenzó a desocupar una vitrina del mostrador. Brazaletes de diamantes, relojes de montura de platino, anillos de esmeraldas, aderezos de zafiros, todo iba a parar al maletín de «Palitos». Nadie sospechó algo anormal, todos creyeron que se trataba de renovar el muestrario de la vitrina y los empleados pensaron que sería un nuevo muchacho puesto a prueba por la gerencia. Cuando llenó su maletín, «Palitos» lo cerró cuidadosamente y se dirigió hacia la puerta con paso firme y tranquilo. En ese momento entraba el gerente de la firma, y por rara intuición que tienen los dueños de tales negocios cuando algo marcha mal, se lanzó sobre «Palitos», le arrebató la maleta y lo puso en manos del detective de la joyería. Al hacer inventario del botín se calculó que valía cerca de tres millones de pesos... «Yo ya tenía la transa para venderlo todo por cinco mil pesos... Droga para dos meses, mi jefecito. ¡Me amolaron regacho!».

Cuando llegó a Lecumberri y pasó por el examen médico, fue asignado a la crujía «F», la de los adictos a las drogas. Y allí esperaba el resultado de su proceso desde hacía tres años, durante los cuales se asimiló tan perfectamente a la vida de la crujía que, aunque le hubieran dejado libre, se habría ingeniado de manera de «echarse otro juzgado» para seguir allí.

Su delirante rutina comenzaba a las seis de la mañana. Vendía el pan del desayuno y la mitad del atole y con esto comenzaba a reunir la suma necesaria para proveerse de droga. Todas las malicias de la picaresca, todos los vericuetos de la astucia, todas las mañas en un esfuerzo gigantesco para lograr esa suma. Sin embargo, nunca le faltó «su mota y su tecata», que son los nombres que en Lecumberri se les da a la marihuana y a la heroína.

Últimamente había logrado la productiva amistad de un afeminado «cacarizo» —como se llama a los presos que gozan de especiales prerrogativas a cambio de trabajos en las oficinas del penal— que le pagaba suntuosamente sus favores. En una riña causada por los celos de su protector, le habían dado esta mañana una certera puñalada en el corazón, en plena fila y mientras pasaban lista en la crujía. Se fue escurriendo ante los guardias que miraban asombrados el surtidor de sangre que le salía del pecho con intensidad que decrecía desmayadamente a medida que la vida se le escapaba en sombras que cruzaban su rostro de mártir cristiano.

Ahora, allí tendido, me recordó un legionario del Greco. La dignidad de su pálido cadáver color marfil antiguo y la mueca sensual de su boca, resumían con severa hermosura la milenaria «condición humana».

Al tobillo le habían amarrado una etiqueta, como esas que ponen a los bolsos y carteras de mano de los viajeros de avión, en la cual estaba escrito a máquina: «Antonio Carvajal, o Pedro Moreno, o Manuel Cárdenas, alias: “Palitos”. Edad 22 años». Y debajo, en letras rojas subrayadas: «Libre por defunción».

[Ir a la siguiente página](#)

Diario de Lecumberri

May 25, 2024

Diario de Lecumberri » IV

Página 7 de 27

IV

Hacia las seis cayeron ayer las primeras gotas. Estábamos en el campo deportivo y en el polvo seco se fueron haciendo manchas. Yo seguí dando la vuelta al campo. Era el único ejercicio que me devolvía en parte alguna tranquilidad. La mezclilla áspera del uniforme se fue empapando y una sensación de frescura se me pegó a la piel. La lluvia caía ya torrencialmente. Lavaba el piso del campo y saltaba entre el lodo fresco y humeante. Lavaba las paredes de tezontle, corría a torrentes sobre la placa que recuerda el asesinato de Madero, lavaba los brillantes abrigos de caucho de los guardias, la roja torre metálica del polígono, los patios, las cocinas. Insistente, reunida en alegres torrenceras, empezó a llevarse toda la miseria de nuestros días, toda la crueldad, el hambre, el delirio, la sorda y mezquina furia de los guardias. Todo se lo fue llevando la lluvia hasta que fuimos quedando sin otra cosa que nos separara del aire viajero que corre por entre las complicadas construcciones de Lecumberri, que el agua transparente que caía de lo más alto del cielo, del rincón en donde nos esperaba la libertad como una loba rabiosa que busca sus hijos.

«A clavarse, cabrones... ¡clávense... clévense...!» —los gritos de los guardias, al obscurecer la tarde, nos despertaron del malsano delirio en que nos sumiera el agua que seguía cayendo terca, generosa, desordenada. Nadie puede circular por las crujías cuando cae la lluvia en la noche. Ni los mayores, ni los ayudantes, ni los más «cacarizos»[4] pueden andar por fuera.

«Apándense, chingaos. ¿Que no oyeron?». —El jefe del rondín desde las rejas exteriores recorre con su linterna hasta los últimos rincones de las crujías.

La lluvia da malas ideas. La lluvia no pertenece al cerrado dominio de los días del penal. Hay que encerrar a los presos, antes de que se les suba a la cabeza como un licor salvaje y comiencen a hacer tonterías. Los centinelas, a cada apagón de la luz que precede a un relámpago, gritaban su número: «¡Seis, alerta! ¡Siete, alerta! ¡Ocho, alerta!», y siguen los 21 números que cercan nuestra vida y vigilan cada paso, cada mirada. Como los rayos se suceden en largas y entusiastas series, los centinelas vuelven a comenzar coreados por el trueno que retumba en las paredes metálicas de las celdas, en los techos de cinc carcomido, en las duras literas de cemento o de hierro. Todos estamos encerrados. Solo los guardias, dueños y amos de nuestro mundo, recorren el redondel, entran a las crujías y, por rutina, golpean con las culatas de sus rifles en las puertas.

«¡Pancho!». «¡Laguna!», contestan en la celda contigua a la mía, «Como fumes mota te parto la madre». «No, mi sargento, hoy no tengo, mi sargento». «¡Ya te conozco, hijo de la chingada! Te fumas hasta la semilla». «No tenga cuidado, mi sargento». Pancho me

dijo, cuando regresábamos del campo: «Ahora es cuándo, ñeris. Voy a cotorrear el puntacho con mis cuates. Nos van a apandar toda la noche y el rondín tiene mucho trabajo».

Ya sabía yo lo que llaman cotorrear al puntacho. Una ronda interminable de marihuana que se prolonga toda la noche por entre los delirios y los saltos mortales de una imaginación que busca su salida desde hace siglos, liberándose de calles, iglesias, escuelas, leyes, máquinas, trajes, armas, dinero... Un volver a cierto denso cauce antiguo en donde las palabras sirven para nombrar cosas, hechos, sentimientos enterrados profundamente y que los presos mismos no conocen ni logran identificar, en la vigilia, con nada que les sea familiar.

Cuando se fueron los guardias, siguió lloviendo sin parar, toda la noche. Los relámpagos se alejaron hacia Texcoco y los centinelas volvieron a su alerta acostumbrada cada cuarto de hora. El agua corría por las canales, escurría por los techos, rodaba y saltaba en los patios. Tendido de espaldas en mi litera, sin poder dormir, tuve la impresión de que el penal había comenzado a navegar sobre las aguas innumerables y nutridas que caían del cielo y que viajábamos todos hacia la libertad, dejándonos atrás jueces, ministerios, amparos, escribientes, guardianes y todas las demás bestias que se pegan a nuestras carnes sin soltar la presa y dan ciegas cabezadas de furia para destrozarnos. Un aire fresco pasó toda la noche por entre los barrotes de mi ventana.

A ratos, oía a Pancho, mi vecino, o a uno de sus compañeros, que transitaban los escondidos caminos de su ser guiados por la mano segura de la hierba.

Fue esa noche cuando mataron al viejito Rigoberto, encargado de la «talacha» en nuestra crujía y que nos hacía los mandados a la tienda. La primera vez que lo vi, recogía en nuestro baño los vidrios de un foco que había reventado con el vapor. Le pregunté su nombre y por qué estaba allí. «Me llamo Rigoberto Vadillo para servir a Dios y a usted, señor. Soy el nuevo fajinero. Dígame qué se le ofrece y se lo traigo luego». No se me ofrecía nada en ese momento y me quedé un rato conversando con él. Tenía una cara pequeña, con la piel arrugada y oscura como la cáscara de una nuez que hubiera estado mucho tiempo sepultada entre la hojarasca húmeda del campo. Sus ojos negros, profundos, acuosos, inquietos, me miraban de arriba a abajo con cierta mezcla de temor y malicia. Unos pelos blancos le brotaban a trechos en la barbilla y en el labio. Cuando se remangó la chaqueta para secar las jergas húmedas con las que recogió los últimos vidrios, le vi las venas del antebrazo carcomidas, tumefactas y palpitantes por el uso de la droga. Era la «tecata» la que sostenía en sus ojos esa llama insomne de otro mundo. «Pos ni modo que se lo niegue, jefecito. Yo sí soy tecatero. Pero soy honrado y a nadie hago mal ni con nadie me meto. No es la primera vez que caigo y me gusta evitar las dificultades».

Esa noche supe algo más de Rigoberto por algunos que lo conocían de hacía muchos años. Contaba 27 entradas a la penitenciaría, todas por homicidio o «portación de arma prohibida». Tenía 65 años y había nacido en Jalapa, Veracruz. En dos ocasiones estuvo en las Islas Marías y la última consiguió fugarse después de permanecer durante 15 días encerrado en la cala de un barco, sin comida, sin agua y sin poderse mover.

Desembarcó en Mazatlán por la noche, arrastrándose como una culebra. Entumecido y

medio loco, se escondió en las afueras de la ciudad hasta el día siguiente, cuando pudo andar con alguna soltura. Del largo encierro en la cala le quedó un defecto en la columna vertebral y caminaba de lado, como si estuviera ebrio. Volvió a México y allí tornó a su oficio de siempre. Rigoberto mataba por encargo. Al decir de quienes en la cárcel lo conocían y que habían requerido sus servicios, tenía en su haber más de cien muertes. Rigoberto mataba hábilmente y era muy difícil para la policía dar con su paradero, porque no tenía parientes, ni allegados, ni amigos que supieran de su vida. Una implacable intuición lo llevaba siempre adonde alguien necesitaba de su ayuda. Cumplía con el encargo y desaparecía. Las veces que cayó preso fue siempre por obra de un «chivataso»[5]; pero el chivatón siempre pagó, así fuera después de muchos años, con su vida, la traición a Rigoberto.

Tuve mucha oportunidad de hablar con él, y cuando le escogí para que arreglara mi celda y lavara mi ropa, a cambio de unos pesos a la semana, pasábamos largas horas conversando. Es decir, era Rigoberto quien hablaba, mientras yo, discretamente, trataba de mantener vivo el impulso de sus confidencias. «Al cabo usted es extranjero, mi jefecito, y cuando se vaya de aquí se le olvidará todo y no podrá amolarme». En esto se equivocó el astuto Rigoberto. Difícilmente podré olvidarle y con él a muchas cosas de este mundo de la prisión que han sido materia y savia de mi vida en estos quince meses. No; jamás olvidaré a Rigoberto, ni la noche en que lo mataron, ni la razón de su muerte. Esas cosas no se olvidan, no son asunto de la memoria, son como esas balas que se alojan en el cuerpo y viajan por debajo de la piel y van a la tumba con su dueño, y aún allí permanecen vigilando los despojos.

También en el penal Rigoberto mataba por encargo. Haciendo cuentas con él, una noche, hallamos que de sus 65 años, 42 los había pasado en la Peni. Conocía como nadie todos los escondidos caminos de ese mundo y tenía un secreto y hondo prestigio entre los demás presos, y, sobre lodo, entre los «conejos»[6] que conocían muy bien su historia. Me confesó que no menos de 30 de sus muertos se los había «echado» en Lecumberri. Y era notable escuchar su quebrada y monótona cantilena y oírle narrar sin violencia y hasta con cierta suavidad de abuelo, algunas de sus querellas. Tenía esa particular ternura de los indios viejos, y cuando le veía cuidar a los niños que iban jueves y domingos de visita y convertían la crujía en un jardín de juegos, me costaba trabajo relacionarlo con el implacable matador de tanta gente.

Cierta tarde, mientras leía, tendido en mi litera, adonde había ido a refugiarme en busca de un poco de frescura en medio del calor de julio que no cedía ni en las noches, Rigoberto entró a mi celda y comenzó a limpiar el polvo de mis libros y revistas. Los tomaba uno por uno, los limpiaba concienzudamente y los volvía a su puesto con esmero. Unas palabras que salieron de sus labios me sacaron de mi absorta lectura. Hablaba consigo mismo. Sus pupilas dilatadas le daban un aspecto milenario y temible y de su boca brotaba a veces una impalpable espuma que se secaba al instante en sus labios. Se acababa de inyectar y el calor debió sacarlo de su celda, donde daba el sol toda la tarde. La escrupulosidad con que limpiaba cada libro, cada objeto, le hacía parecer aún más alucinado y delirante. Me miraba sin verme, pero alguna imagen fragmentaria de ese ser acostado que lo observaba, debió despertar en un rincón de su mente una sorda urgencia de confesarse consigo mismo y con lo que de mí guardaba en lo más secreto de su ser. Y comenzó entonces un largo rosario de nombres y muertes

que nunca volveré a recordar con la magnitud del horror que me dejara clavado en la litera muchas horas después de que el viejo desapareció furtiva y silenciosamente, después de haber dejado relucientes todos los objetos de mi celda. Comenzó con unas torpes palabras sin sentido, y, de pronto, entró en la corriente principal de su febril letanía:

«A Pancho el panadero lo metí en el horno, y si no es por su hermana que llega y lo llama, solo las cenizas topan.

»El padre de Luis me dio dos azules[7] para que lo palomiera a la salida de la estación. Mejor lo amarré y lo tiré al aljibe.

»La muchacha apenas si movía las piernas y cuando sentí lo que le había pasado era porque me pesaba encima la condenada. La tuve que vestir para que no se le vieran los agujeros.

»Al pinche chivatón de “el Turco” me lo eché en los baños y le quemé toda la cara y el pescuezo con vapor, para que no se notaran las marcas.

»“El Jarocho” se creyó el cuento de la “tecata” y puritito polvo de las cañerías fue lo que se metió en la vena. Creyó que se iba a quedar con mi vieja toda la vida, como si yo fuera su pendejo.

»A ella la esperé tres años, hasta cuando volvió al pueblo. La llevé a la pulquería y cuando ya estaba bien jetona hice como que me la llevaba para la casa, esperé el camión lechero y se la puse en el camino. Los cabrones creyeron que la habían atropellado por venir tan ligero y echaron a correr. Yo me fui para el rancho y allí me sacó la policía, pero no pudieron comprobarme nada.

»Pinche sargento Jesús María que creyó que me podía “calentar”[8] así nomás. Toda la noche lo estuve esperando y cuando pasó con el rondín, se devolvió a ver de dónde venía el ruido y no dio ni un grito porque le atravesé el pescuezo.

»Yo no me robé las herramientas de Pascual el peluquero, pero el muy “chivatón” se fue a rajar a la Comandancia y ahí me tienen en la celda de castigo, la que está encima de la caldera y le hierven los animales. Cuando salí me lo cargué en la circular dos, en donde le estaba cortando el pelo a “el Turrón”.

»Los dos escuincles creyeron que de veras yo me los iba a llevar a Escuinapan para que vieran a su mamá. El mayorcito se echó a correr cuando vio que yo le machacaba la “choya”[9] al hermano, pero lo alcancé y también hubo para él. Los enterré a la orilla del río y ni quién me dijera nada.

»Con ese dinero me volví a casar en Ensenada y puse la cantina. Los señores que me pagaron para que los aliviara del cura, iban a beber allí y, cuando tuve que huirme, ellos me arreglaron con la policía. El escapulario del padrecito lo tiene mi hija Cleta que es ciega y reza mucho. Yo le dije que hacía milagros.

»Al gringo me lo llevaron todavía vivo los dos jotos de la lavandería. Se lo habían cogido y perdía mucha sangre. Apareció colgado en el gimnasio y tuvimos que darle cincuenta pesos al celador para que no dijera que nos había visto entrar con él.

»A “el Chapulín” lo maté yo, por “chivatón”. No fue Rafael, como dijeron; pero Rafael

no quiso prestarme los cinco pesos para darle a mi vieja y, total, así estaba mejor.

»Fue mi compadre el que me dijo que el tendajón lo cerraban a las nueve. Y él fue el que acabó con la “ruca”^[10] tirándola por el barranco que había en la parte de atrás. Yo estaba “miramón”^[11] en la puerta y después me echaron la muerta porque mi compadre se rajó por collón.

»Si todos se juntaran y vinieran y me preguntaran que si otra vez yo haría lo mismo, pues ya me conocen y no tienen por qué creer que vaya a decir que no otra vez y, si no, que vayan donde les hagan el mandado sin estarla regando como hacen todos y al primer cuete que le ponen salen con que “yo soy muy macho”, y que yo hice, y que la chingada y la chingada... y así caen siempre».

Sus palabras se fueron apagando y cuando volví a mirarlo ya no estaba en el cuarto. Muchas veces traté de sonsacarle más detalles sobre «sus muertos» y Rigoberto, más por ausencia de memoria y embrutecimiento causado por la droga que por malicia o recelo, no pudo coordinar cosa que tuviera algún sentido.

Antier me llamaron al polígono, y el capitán me estuvo interrogando sobre Rigoberto. Le conté lo que en el código de lealtad de los penados era permisible, y, por lo que me dijo, me di cuenta que el viejito estaba metido en un problema gordo. Le habían encontrado droga en cantidad que superaba la dosis que solía inyectarse. Se lo llevaron a la celda de castigo y el sargento «Ojo de Carpa» lo calentó.

Cuando llegó a la crujía, se fue derecho a mi celda. Por su boca sin dientes corría un hilillo de sangre y caminaba trabajosamente. Cada movimiento le sacaba un sordo quejido de lo más profundo del pecho. «Mi jefe, me dijo, a ver si usted puede hacer algo por mí, porque me van a amolar. El sargento me pegó con un tubo en los compañeros y tuve que decirlo todo. Al que me dio la “tecata” para venderla ya lo metieron a las jaulas y los otros me la jugaron re gacho. Yo quiero que me lleven a la circular uno. Allá no pueden entrar. A ver si usted habla con mi mayor y me puede hacer esa avalona».

Hablé con el mayor y no recuerdo ya muy bien lo que me dijo. Lo cierto es que ayer, cuando regresé del campo deportivo y empezaba a llover, lo vi encerrarse en su celda temeroso. Ya había yo olvidado el asunto. En la cárcel, cada cual tiene sobre sí un peso tal de angustia y desesperanza, que el dolor de los otros resbala como el agua sobre las plumas de los patos.

Después vino la lluvia y, con ella, en la noche, se lavaron de mi memoria todo el sufrimiento y todo el miedo que se pega a las paredes del penal y que nos sumen en su miserable substancia. Cuando llamaron a lista a la mañana siguiente, una fresca llovizna seguía cayendo todavía perezosamente. Nos hicieron formar en el corredor del primer piso, porque el patio estaba inundado y el agua se había entrado a las celdas de abajo y había subido hasta treinta centímetros. Acabábamos de conciliar ese profundo sueño matinal que sigue a una noche de insomnio cuando sonaron las cornetas y los tambores. Nos paramos medio dormidos y solo hasta cuando llegó el sargento, fue cuando vimos un bulto pequeño flotando junto a la puerta de los baños. Al principio creí que fuese un uniforme con el que trataran de tapar alguna rendija. El sargento, con sus altas botas de caucho, le dio una patada al montón de trapos y vimos que era el viejo Rigoberto. Su

carita, más arrugada aún por la muerte, tenía algo de raíz o de metal oxidado. Sus manos se agarraban aún al estómago, por donde le salía un hilillo rosa que teñía levemente el lodo en donde flotaba el cadáver.

Fueron a la enfermería y vinieron con una camilla. Desnudaron a Rigoberto, le entregaron el uniforme al mayor para que lo descargara de su relación y se llevaron el cuerpo. Cuando pasó frente a mí, le vi la piel amarilla y fofa cruzada de antiguas y caprichosas cicatrices. Sobre el corazón tenía tatuada una mujer desnuda, con la cabeza de un gato en el lugar del sexo. Casi nada quedaba de Rigoberto. La muerte se llevó lo poco que tenía de hombre y dejó solamente ese insípido bagazo producto de tantos años de prisión, de heroína y de lucha estéril contra sargentos y «chivatones».

Nadie se apiadó de él, no volví a oír su nombre para nada. Solamente yo habré de recordarlo cada vez que un relámpago me despierte en medio de la noche, o que la lluvia caiga sobre mi vigilia de hombre libre.

[Ir a la siguiente página](#)

Diario de Lecumberri

May 25, 2024

Diario de Lecumberri » V

Página 8 de 27

V

En medio de la niebla caliente de los baños de vapor, entre los cuerpos lastimados y desnudos, envuelto en el perfume barato de los jabones y las cremas para rasurar, entre gritos y risas anónimos, ensordecido por el ruido del agua que cae y corre por el piso y ruge en los tubos, se recobra la libertad; una libertad aparente, falsa, es cierto, pero que renueva y fortalece nuestras fuerzas para resistir el peso de la prisión. Desnudos, sin uniforme, sin letras ni números, volvemos a tener nuestros nombres y hablar de nuestra vida de «afuera», de la gozosa materia de nuestros días de hombres libres, a la que nunca se alude en otro sitio de la prisión, para que no la absorba y contamine la fea grasa miserable que todo lo mancilla y enmohece y que en todo está presente. La corriente purificadora del agua y el vapor que brama al escaparse por las llaves, ahuyentan la humillante presencia del castigo.

Bajo la ducha se vuelven a cantar las canciones con las que amaron y viajaron, con las que gozaron y sufrieron los que una vez fueron libres. Ciertos nombres de mujer, ciudades, calles, sólo se escuchan en los bancos del vapor, en donde la niebla borra paredes y rejas y se pega al obscuro cemento haciéndolo impalpable e invisible. A mi lado, cuántas veces escucho una interminable evocación de circunstancias y lugares, de trozos de vida perdidos en un pasado ilusorio y por completo separado de nuestra vida presente. Nunca vemos los rostros, ni distinguimos los cuerpos que evocan con tan intensa y delirante devoción, una vida ajena a la miseria definitiva de Lecumberri.

«Dora vive en Santa Anita, compañero. En California. Donde todo son jardines y grandes quintas con su alberca y su cancha de tenis. Ella era recamarera en casa de un tipo millonario que vende yates. Yo fui chofer suyo, compañero. Manejaba un “Rolls” plateado que todo el mundo se volvía a mirar. Tuvimos una niña que se llama también Dora. Viví allá cinco años. El patrón me dejaba libres los sábados y los domingos y me prestaba una vieja camioneta en la que traían herramientas, matas y abono para el jardín. Nos íbamos Dora y yo a la playa y llevábamos comida para dos días. Dormíamos debajo de la camioneta y cuando hacíamos el amor nos metíamos después al agua y nos bañábamos en plena noche, cuando el mar parece de leche hirviendo y se ven muchas luces y pescados que alumbran en el fondo. Nos volvíamos a dormir, nos despertaba una ola que reventaba más fuerte que las demás, volvíamos a amarnos y otra vez al agua. Y en el día, lo mismo, compañero. Dora era de Pennsylvania y sus padres eran alemanes. Cuando se quitaba la ropa era blanquísima, tanto que si le daba el sol casi había que cerrar los ojos. Tiene un vello dorado que le cubre todo el cuerpo como los chabacanos maduros. También fuimos varias veces a San Francisco. El patrón les vendía yates a los cultivadores hawaianos que lo esperaban en sus hoteles para cerrar el negocio. Viajaba con su mujer y una hija que estaba paralítica y no podía andar y

llevaban a Dora. Yo manejaba el coche y tenía un uniforme blanco. Dora decía que parecía un oficial de marina. El patrón se iba con los hawaianos y sus familias a dar una vuelta en el yate que estaba vendiendo. Dora y yo paseábamos por la ciudad. Nos íbamos a los hoteles de la parte alta, y nos amábamos toda la tarde con las ventanas abiertas porque daban a la bahía y no nos veía nadie. Aprendí el inglés, compañero, y cuando salga quiero volver allá a ver si puedo encontrar a Dora y a la niña. Si salgo, ¿no? porque me metieron 20 años, pero mi abogado apeló la semana pasada. Me tuve que venir porque un día choqué el “Rolls” y la policía me pidió los papeles. Yo había entrado chueco y el patrón estaba en Glasgow, donde compraba los yates. Me llevaron a la delegación y al otro día me mandaron a la frontera. Aquí trabajé para juntar lana y volverme. Era guía de turistas y me daban muy buenas propinas. Llevé una pareja de gringos a Xochimilco y los hijos de la chingada se pusieron un cuete tremendo, empezaron a discutir y el gringo le pegó a la vieja con una filmadora que llevaba y la mató. Cuando yo me agaché para ver qué le había pasado a la vieja, que sangraba por todas partes, el gringo se me vino encima y la chalana se volteó. Como el gringo estaba tan borracho, se ahogó. De menso había insistido en manejar yo mismo la canoa y le pagué al dueño para que me dejara. Así me ganaba unos dólares extras. Me echaron la bronca y ya van tres abogados que tengo que cambiar porque siempre acaban robándome. La niña se llama Dora; es güerita. Al comienzo la mamá me escribía, pero cuando caí me dio pena contarle y no sabe nada».

No le vi la cara. Se quedó un rato callado y después se fue a la caseta de las duchas. En el cuarto del vapor, ni las propias manos se ven claramente y los sueños flotan y giran locos entre el vapor blanquecino y ardiente.

«Yo fui a Chalpa con mi hombre que se llama Antonio y es ruletero y tiene dos hijos. Su mujer sabía que andaba conmigo y no le importaba. Todas vamos a Chalpa a la peregrinación del Santo Cristo. Vamos vestidas de mujeres y ni quien nos distinga. Nos vamos después de la misa a una cañada, entre los árboles, y allí hacemos nuestras cosas. Pero antes de la misa no. Una vez que fui sola, también vestida de mujer, el cura me hizo llorar a la sacristía y comenzó a decirme que yo hacía muy mal en ir vestida así y que si no me daba vergüenza con Dios que estaba en el altar, y cuándo había comenzado a andar así y que debía cambiar de vida. Yo sospeché lo que se traía y, cuando me metió la mano, le dije que me diera la limosna que había recogido en la misa y fue a un armario y sacó una canasta llena de monedas y con muchos billetes. Sacó dos puñados y me los dio. Le temblaban las manos y las monedas rodaron por el suelo. Lo dejé que hiciera lo que quisiera y cuando acabó le dije que si no me daba todo lo que tenía guardado, iría a la delegación del pueblo y contaría todo. Se puso furioso, pero al fin tuvo que darme todo. No me cabían las monedas en el bolso y tuve que guardar unas en el chichero que traía puesto. Quiso comenzar otra vez, pero yo ya estaba cansada y además quería irme. Volví al otro año con Antonio. Nos llevamos el coche y nos fuimos bebiendo por el camino. Iban muchos camiones con gente para el Santuario. Nos detuvimos en la orilla de la carretera y él comenzó a besarme y paró un camión y nos querían romper la madre, pero no se dieron cuenta que yo era joto, o si no, nos matan. Fuimos a la misa y allá estaban también con sus maridos la Zarca, la Jarocho la Güera Soledad, la que ficha en El Delfín y el que hoy es Mayor en la Crujía “J”, que iba vestido de tehuana. Seguimos en la procesión y cuando nos hincamos ante el Cristo, el cura se me quedó mirando, me reconoció y se puso pálido. Yo me hice

pendeja y me tapé con el velo. Cuando salimos nos fuimos a comer fritanga a los puestos de la plaza. Después nos fuimos al bosque y allá hicimos de todo. Yo tenía mucho miedo, porque a los que van allá en peregrinación y hacen cosas, se vuelven de piedra y se les ponen las piernas como troncos y ya por la noche se han convertido todos en árbol. Yo temblaba de miedo, pero Antonio estaba como loco y no había quien lo parara. Ya por la noche nos volvimos al pueblo y comimos buñuelos en el atrio. Me dio mucha risa porque un señor muy apretado se puso de pie y me dijo que me sentara. “Primero las damas”, dijo. Estaba medio cuete. Antonio tenía celos y no hablaba. Creyó que yo le coqueteaba al viejito catrín. Delante de todos le di un beso y se volvió a contentar conmigo. Nos regresamos por la noche y oímos el radio del coche y cantamos todo el viaje. ¡Ah, qué Antonio ése! Me lo quitó un gringo desgraciado que le regalaba puros dólares. Era muy bien dado y todas andaban como moscas tras de sus huesos. A veces me dan ganas de decirle que me venga a visitar un domingo, pero estoy muy flaca y, además, con esta cortada en la cara me acabaron de desgraciar».

Un pelo negro y largo que caía en grasientos mechones le tapaba buena parte del rostro. Unos grandes ojos verdes que chorreaban rímel y el barato maquillaje en la piel, sobre el cual resbalaba el agua, era todo lo que se reconocía del panadero afeminado que no hablaba con nadie. A pesar de sus cuarenta años bien cumplidos, todavía pesca algunos clientes los días de visita. Salió dejando un fuerte olor a brillantina barata. Usa en el baño unos calzoncitos de mujer de nylon negro.

La gran estatura de un antiguo jugador de fútbol americano y renombrado polista de hacía quince años, tapó la luz que entraba por una claraboya de vidrios gruesos, protegidos por barras de hierro. Un suave olor a lavanda se esparció por el cuarto. Comenzó a rasurarse lentamente mientras silbaba trozos de «musical comedies» ya olvidadas. Terminó de rasurarse, extendió una fina toalla inglesa sobre la banca y comenzó su eterna cantilena de ajado «playboy».

«Si no es por el lío que armaron por el cabrón ése, que al cabo unos y otros querían echarse, yo estaría ahora en la Costa Azul y no en esta pinche cárcel. En Niza tengo un apartamento con garaje y un “Mercedes Benz” blanco, casi nuevo. Tengo una amiga muy rica y muy jaladora y con ella voy hasta Italia y allá nos quedamos hasta cuando llega el invierno. El domingo entrante vienen dos gringas a verme. A ver si con el Mayor logro entrar aunque sea un litro de “John Haig” y me encierro en la celda y me doy la gran fiesta. Aquí todo se arreglaba antes con lana, pero ahora están resultando muy finos y la cosa está cambiando, pero no faltará un “mono”[12] que por un cien se arriesgue. Ahora, que no se le vaya a ocurrir venir a mamá porque entonces se amuela todo y a las gringas tengo que dejarlas en otra celda solas, porque si mi mamá llega a enterarse, me retira otra vez a los abogados y me deja aquí enterrado para toda mi pinche vida. Tengo un chamaco que es ya tan alto como yo y estudia en una academia militar de Texas. No sabe que estoy aquí y a lo mejor mi mujer se lo cuenta para sacarse el clavo de todas las que le he hecho. Pero al cabo esto es para machos y mejor sería que supiera que su papá sabe aguantar lo que le venga. Pero la familia de mi mujer y mi mamá son muy mochas y no entienden nada de esto».

Este gran animal de competencia, cumplidos ya sus cincuenta años, seguía viviendo como un niño bien de los alegres treinta, cuando sembraba el terror en Guadalajara y gozaba de gran prestigio en las ocho universidades de Estados Unidos que lo expulsaron

por escándalos que organizaba con otros latinoamericanos. Era generoso y buen compañero y a muchos ayudó a salir, pagando los cien o los trescientos pesos de la fianza que nunca hubieran podido reunir. Sabía aguantarse con mucho temple los carcelazos pero, a veces, era un poco indiscreto.

Este es el baño llamado del Pachuco, al que se puede ir con permiso de la Comandancia. Está junto a las calderas y consta de un cuarto para desvestirse, un cuarto de duchas y uno de vapor. Lo usan únicamente los comisionados y «cacarizos» y rara vez está lleno. A menudo van también algunos guardias y, sobre todo, los sargentos. Una vez dentro pierden su calidad de guardianes y su vida, tan odiosamente segregada de la nuestra, se mezcla con las demás del penal, y mana también de ella esa substancia de nostalgia y pesadilla con la que se nutre nuestra libertad.

Cuando en la tarde regresamos del campo deportivo, somos los últimos en usarlo. Ninguna sensación más parecida a la libertad que la de entrar en el cuarto del vapor y permanecer allí con los ojos llenos de ese gran cielo lila y transparente de octubre, y las altas ramas de los pocos árboles que a lo lejos se mecen, tras la doble muralla que rodea la ciudadela de Lecumberri. Nadie habla entonces, y todos transitamos por los mejores momentos de nuestro pasado hasta que nos muerde las entrañas la corneta que llama al rancho de las seis y despertamos a esta realidad de la prisión, que no se parece a ninguna de las otras dudosas realidades que busca el hombre por el mundo. Porque ésta existe y se asienta en el suelo, como una gran bestia que agoniza eternamente entre la fetidez de sus carnes descompuestas.

Existen también los baños generales en donde la algarabía de los «conejos», o el silencio trágico de los «chacales», condensan en su más insoportable intensidad la vida penitenciaria. En el vapor, situado en un largo pasadizo, se cumplen los viejos ritos eróticos, los castigos y los crímenes, las venganzas y las «transas»^[13] con la familiaridad de una costumbre. Allí mueren los «chivatones» asfixiados, sin que nadie haya visto nada cuando llega el momento de la investigación. Allí se dan cita los chillones habitantes de la Crujía «J» con sus clientes y favorecedores. Allí se pasa el reloj transado al ingenuo chofer, o la estilográfica robada al defensor de oficio. Por entre el denso vapor que huele a sudor agrio y a desinfectante, desfila una corte de los milagros sin más harapos que los de la carne desgarrada por los cuchillos o los dientes o macerada y supurante por la heroína. Cuando los baños del Pachuco están cerrados por alguna avería en las calderas o por la falta de combustible, vamos a los generales, pero nunca solos y siempre en grupo, ya sean los que jugamos volibol en el campo o algunos de la misma crujía.

Está también el baño de la Calderita. No lo conozco y no sé muy bien quién da el permiso para ir allí. Es un pequeñísimo cuartito con las duchas y el vapor juntos. «No vaya usted allá, mi Mayor», me dijo un día un compañero sin darme más explicaciones. Después supe que tiene fama de ser el escogido por los «Super-cacarizos» que llevan allí a sus amigos con la complicidad de los oficiales. Nunca supe cuán cierto era el rumor, pero un sábado que fui a bañarme allí porque era el único lugar en donde había vapor, a tiempo de trasponer el umbral un guardia me gritó con voz descompuesta y airada: «¡Oiga, para dónde va, cabrón! ¡Por muy Mayor que sea, ahora no pasa nadie aquí! ¡Fuera, carajo!», e intentó golpearme con la macana. Me retiré sin decir palabra, recordando lo que me habían dicho del lugar.

Finalmente, tenemos nuestro baño de la Crujía. Solamente tres crujías tienen baños de vapor: la «L», la «I» y la «K». Los de la «I» están al lado de las escaleras que dan al segundo piso de la crujía. Después de la lista de la mañana vamos todos allí, o casi todos, pues algunos, reacios al baño, guardan un pudor proverbial y crean una leyenda que da lugar a chistes e historias, siempre los mismos. Hay vapor únicamente una hora, que la aprovechamos para prolongar en medio de la cordialidad que surge entre los presos de una misma crujía, nuestra vida en común y reírnos unos de otros, y hacernos siempre las mismas bromas. A fuerza de ser nuestro, el baño de la crujía no es ya del penal y en él siempre nos sentimos un poco en casa y se olvidan las angustias de la noche, los largos insomnios, las dudas horribles y nos evoca el sempiterno fantasma de la libertad que nos envenena todas las horas.

[Ir a la siguiente página](#)